



JUNKO
TAKAHASHI

道

DŌ

EL
CAMINO JAPONÉS
DE LA
FELICIDAD

 Planeta



JUNKO TAKAHASHI

DŌ

**EL CAMINO JAPONÉS
DE LA FELICIDAD**

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Junko Takahashi, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de maqueta: Diego Carrillo

© de las fotografías e ilustraciones del interior: archivo de la autora, © Anna Frajtova / Shutterstock, © Bakai / Shutterstock, © Panptys / Shutterstock, © AVIcon / Shutterstock, © Alex Leo / Shutterstock, © Vdant85 / Shutterstock

Primera edición: octubre de 2019

Depósito legal: B. 19.338-2019

ISBN: 978-84-08-21559-2

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

ÍNDICE



INTRODUCCIÓN, 7



CAPÍTULO 1

KŌDŌ. LA FRAGANCIA COMO ARTE, 21



CAPÍTULO 2

KADŌ. LA ESTÉTICA IMPERFECTA DE LAS FLORES, 63



CAPÍTULO 3

KYUDŌ. LA ESTÉTICA DE *MU* (LA NADA), 97



CAPÍTULO 4

SHODŌ. LA ESTÉTICA DE ESPACIOS, 137



CAPÍTULO 5

SADŌ. LA ESTÉTICA DE LA SENCILLEZ Y LA SERENIDAD, 177



EPÍLOGO, 231



BIBLIOGRAFÍA, 235

CAPÍTULO 1

KŌDŌ
**LA FRAGANCIA COMO
ARTE**





Al hablar con personas relacionadas con el *kōdō*, muchas de ellas coincidieron en esta frase: «Japón es el único país del mundo que ha sublimado las fragancias en arte». Y he comprobado que es cierto.

Puesto que *kō* significa ‘fragancia o incienso’, el *kōdō* es, literalmente, ‘el camino de la fragancia’. La ceremonia del incienso se considera uno de los tres refinamientos de las artes tradicionales japonesas, junto con el *sadō* (o *chadō*), la ceremonia del té, y el *kadō*, el arreglo floral. Todos ellos se desarrollaron casi al mismo tiempo, alrededor del siglo *xiv*.

El *kōdō* es un auténtico arte que consiste en refinar la capacidad del que lo practica para apreciar la fragancia de diferentes maderas aromáticas. En ocasiones, incluso se compite para ver quién puede distinguir más fragancias, cuya identificación está después relacionada con la literatura y los poemas clásicos.

El arte del incienso está estrechamente relacionado con la cultura tradicional japonesa.

Comparado con los otros dos artes tradicionales, el *kōdō* es el más ambiguo, ya que tiene que ver con los aromas, que son invisibles, sensuales y personales. Sin embargo, esta disciplina es un camino para encontrar la iluminación a través de las fragancias. Y, para conseguir llegar a ese momento de calma y casi revelación, hay que dedicarse completamente a ellas sin ninguna distracción.



ASUNTO DE ESTADO

El Ministerio de Medio Ambiente japonés ha seleccionado cien «escenarios olfativos», entre los que están aquellas regiones y pueblos con aromas específicos que los caracterizan —como, por ejemplo, las aguas termales, las bodegas de sake, un campo de lavandas, la fabricación de medicinas chinas y otros muchos—, para preservar estos enclaves tradicionales y los olores que se asocian a ellos.

Los aromas, en general, están afianzados en una parte muy profunda de nuestras vidas. Un olor puede hacernos

recordar escenas nostálgicas o personas a las que echamos de menos. Puede tranquilizarnos, animarnos o incluso incommoarnos. Esto es porque, según explica la ciencia, el olfato es el único sentido que envía señales directamente al hipocampo, la región del cerebro donde almacenamos nuestros recuerdos. Por esta razón, los aromas están tan unidos a lo que recordamos.

Como las buenas fragancias tienen el enorme potencial de relajar a las personas, la terapia aromática resulta muy efectiva para conseguir tranquilidad y concentración.

LA TRANQUILIDAD A TRAVÉS DEL INCIENSO

El origen del uso de inciensos en Japón se remonta a la llegada del budismo desde China en el siglo VI, y los primeros en usarse fueron mezclas de madera de agar, sándalo, árbol del clavo, cúrcuma, borneol con polvillos secos de ciprés y anís estrella-japonés. Este tipo de incienso se utilizaba para los rituales religiosos solemnes y para purificar los templos, así como para ofrendarlo a las divinidades y a los difuntos.

El incienso es uno de los tres artículos imprescindibles en los rituales budistas, junto a la flor y la vela, y simbolizan las enseñanzas de Buda. El incienso es el más importante y se coloca en el centro del altar. Se considera que, al ascender a los cielos, el humo conduce a escuchar a Buda y, de esta forma, sus ense-

ñanzas llegan a todos por igual a través del buen aroma. La flor muestra la misericordia de Buda, que insta a vivir apaciblemente, mientras que la vela representa su sabiduría, que ilumina a las personas para salvarlas de la oscuridad de sus sufrimientos y deseos mundanos.



LAS DIEZ VIRTUDES DEL INCIENSO

En el siglo XI el poeta y calígrafo chino Huan Tingjian describió, en las *Diez virtudes del incienso*, la eficacia de este preciado elemento:

1. Agudiza los sentidos.
2. Purifica el cuerpo y el espíritu.
3. Elimina la impureza.
4. Quita el sueño.
5. Alivia la soledad.
6. Tranquiliza en los momentos de estrés.
7. No es desagradable aunque esté en abundancia.
8. Es suficiente incluso en cantidades pequeñas.
9. No se pudre aun después de mucho tiempo.
10. Su uso habitual no es dañino.

¿DE DÓNDE VIENEN LAS MADERAS AROMÁTICAS?

En el *kōdō* se usan únicamente *kōboku*. Estas maderas aromáticas no son originarias de Japón, sino de los países del Sudeste Asiático. Un *kōboku* es, específicamente, madera de agar, un duramen —la parte interna de un tronco compuesta por células muertas— resinoso a causa de una herida o de una infección por microbios. Al fermentar y madurar cuando el árbol muere, las partes dañadas del duramen producen resinas. Estas maderas quedan enterradas durante mucho tiempo, en ocasiones incluso más de cien años. Por tanto, las maderas *kōboku* no pueden producirse artificialmente, sino que se forman de manera natural y por pura casualidad, de ahí que sean muy valiosas.

*En sí mismas, las maderas *kōboku* no son más que simples fragmentos de árbol seco. Salvo que se trate de una madera de excepcional calidad, nadie puede llegar a imaginarse, solo observándolas, su increíble aroma. Para que despidan su fragancia, hay que calentarlas.*

El nombre *agar* procede del sánscrito *agaru*, que significa ‘pesado’, ‘hundirse en el agua’. Tal y como este término indica, las maderas que se hunden completamente en el agua, por contener más resinas y pesar más, son las que se consideran de mayor calidad.

Según el libro histórico más antiguo de Japón, *Nihonshoki*, una de estas maderas fue arrastrada por el oleaje hasta la playa de la isla Awaji en el año 595, durante el reinado de la emperatriz Suiko. Los pescadores de la isla Awaji que encontraron la madera no tenían ni idea de lo que era realmente, así que la echaron a una hoguera para calentarse. Entonces, de repente, la madera despidió un exquisito e inefable aroma. Los pescadores se sorprendieron y pensaron que tenían entre manos algo muy valioso, así que obsequiaron el pedazo de madera a la emperatriz. A partir de ese momento, las maderas aromáticas estuvieron bajo el control de la Corte Imperial y, más tarde, su uso se extendió a los aristócratas.

En la época Heian (794-1185), cuando el poder de la familia imperial y de los aristócratas estaba en su apogeo, comenzó a florecer una cultura japonesa propia, pues la nobleza se alejó cada vez más de todo lo que había asimilado de la cultura china. Fue entonces cuando el uso del incienso se convirtió en una de las artes tradicionales y comenzó a separarse de la religión.

Desde China se introdujo un nuevo tipo de incienso, llamado *nerikō*, que consistía en amasar polvo de diferentes variedades de maderas fragantes y hierbas aromáticas, junto con miel, algas, carbón y sal, para formar bolitas que luego se quemaban. El *nerikō* fue utilizado por los aristócratas en su vida cotidiana para aromatizar sus casas, sus vestidos, sus cabellos. Y es que, antiguamente, las mujeres japonesas tenían cabellos tan largos que podían llegar a los dos metros de longitud. Como no podían lavarse el pelo muy a menudo —se ha llegado a decir que lo hacían una o dos veces al año— y solían llevarlo lacio y suelto

—o con una sencilla cinta para recogerlo elegantemente—, quemaban incienso en la cabecera de sus camas para aromatizar sus cabellos y, al mismo tiempo, evitar que su cuero cabelludo sufriera. Lo usaban también en su ropa, para protegerla de microbios y moho porque, además de oler bien, el incienso tiene propiedades antisépticas. La aristocracia japonesa llegó a tener sus propias recetas de *nerikō*, y los nobles competían entre sí para ver quién podía crear el incienso más fragante. Estas escenas eran frecuentes en la literatura de la época, como *La historia de Genji*, escrita hacia el año 1000 por la novelista Murasaki Shikibu, que describe la vida de los aristócratas a través de los amores, la política, la prosperidad y la decadencia del protagonista, Hikaru Genji.

En la época de los samuráis (siglos XII-XIX), estos también empezaron a disfrutar de la cultura y, por supuesto, de los inciensos. Pero como carecían de las recetas para preparar el *nerikō* que usaban los aristócratas y, según señalan algunos estudiosos, también del tiempo y la predisposición para mezclar y machacar miles de veces los materiales aromáticos necesarios, quemaban solo maderas *kōboku*.

Hoy en día, hay sesenta y una maderas aromáticas que se consideran las mejores según las directrices del *kōdō* actual. Entre ellas se incluye la famosa *Ranjatai*, considerada la mejor de todas. Es uno de los tesoros nacionales de Japón y se exhibe al público en raras ocasiones. Es tan especial que, para demostrarle respeto, los practicantes del *kōdō* no encienden otras maderas *kōboku* cuando queman una astilla de *Ranjatai*. De hecho, los poderosos de cada época, principalmente los generales, corta-

ban esta madera poco a poco, escribiendo sus nombres en tiras de papel y poniéndolos en las partes que cortaban.

Se clasificaron las maderas, se crearon los utensilios, se formaron los protocolos... y, finalmente, nació el *kōdō*.



MADERAS Y SABORES

En el siglo xv, durante el periodo Muromachi (1336-1573), el aristócrata e intelectual Sanetaka Sanjōnishi y el samurái Sōshin Shino establecieron la clasificación de las maderas aromáticas por orden del *shōgun* —un título comparable al de general—Yoshimasa Ashikaga.

Ordenaron las maderas aromáticas en seis grupos, mayoritariamente según su lugar de origen:

- Kyara (Vietnam),
- Rakoku (Tailandia/Myanmar),
- Manaban (sudoeste de India),
- Manaka (Malasia),
- Sasora (desconocido),
- Sumotara (Indonesia).

Y en cinco sabores básicos, comparados con diversos frutos o elementos, que no eran totalmente equivalentes a los que podemos pensar hoy en día:

- dulce (como miel suave),
- ácido (como una ciruela),
- picante (como el clavo),
- amargo (como el felodendron, el árbol *Phellodendron amurense*),
- salado (como el sudor).

Al contrario que el resto de las maderas, *kyara* no es el nombre de ningún país, sino que significa 'negro' en sánscrito. Como las maderas negras son de buena calidad, se emplea para designar la madera más aromática.

LAS ESCUELAS DE KŌDŌ

De acuerdo con sus protocolos, hay dos escuelas diferentes: la Oie (Oie-ryū), fundada por Sanetaka Sanjōnishi, que se caracteriza por su elegancia heredada de la aristocracia; y la Shino (Shino-ryū), instaurada por Sōshin Shino, cuyo estilo, propio de los samuráis, está marcado por la simplicidad y la disciplina.

En el *kōdō* se usa la palabra *escuchar* —en lugar de *oler*— para definir la acción de percibir un aroma, porque no se reduce al sentido del olfato, sino que consiste en acercar la mente a la fragancia y abrirnos al mundo misterioso de aromas en el que nos introduce y que nos lleva, amablemente, a extender los lími-

tes de nuestra imaginación. El arte de escuchar el aroma de los inciensos se llama *monkō*.

Si escuchamos un único incienso con la calma necesaria para apreciar sus características, disfrutaremos los delicados cambios de la fragancia, concentrándonos en ella, en lo que nos rodea, y alejándonos de nuestro ego para entregarnos completamente.

En la ceremonia *takitsugikō*, el anfitrión entretiene a sus invitados con un incienso, y ellos proceden a quemar otros que han traído consigo y que pueden equilibrarse bien con el anterior. Para que los inciensos se sucedan los unos a los otros de forma armoniosa, los invitados deben conocer previamente el tema de la ceremonia y cómo seleccionar los inciensos con el nombre y el aroma adecuados.

El *kumikō* es un juego que consiste en escuchar diferentes tipos de aromas y competir para ver quién puede averiguar el orden en el que han aparecido. Se basa en obras de la literatura clásica japonesa, desde novelas a poemas. Hay más de doscientos tipos de *kumikō*, y se siguen inventando otros nuevos hoy en día. Es una buena forma de que, en las clases, los alumnos puedan escuchar diferentes maderas para aprenderlas.



EL KUMIKŌ DEL OTOÑO

El *kumikō*, llamado *nezame-kō* (*nezame* significa ‘despertar’), se reserva para el otoño, cuando las noches son largas y frías y a veces nos cuesta dormir. En primer lugar, se preparan cuatro maderas distintas. Si las acertamos todas, tendremos un «buen despertar»; con tres, un «despertar del alba», parecido al que se tiene al madrugar demasiado; con dos, el «despertar de un viaje», como cuando dormimos mal porque extrañamos nuestra cama; con solamente una, un «despertar en las primeras horas de la noche». Si no acertamos ni una sola, el resultado será «sueño», equivalente a una larga y desesperante noche de insomnio.

Uno de los *kumikō* más famosos es el *Genji-kō*, inspirado en *La historia de Genji*. Se preparan cinco lotes con cinco paquetes cada uno. Cada paquete contiene un pedazo de madera aromática, por lo que hay veinticinco posibilidades. Se queman solo cinco paquetes al azar y los participantes intentan distinguir las fragancias.

Al principio, los invitados trazan cinco líneas verticales en un papel que se les ha dado. Las líneas diferenciarán en qué orden se queman las maderas, de derecha a izquierda. Al escuchar los aromas, se conectan las líneas si se cree que son las mismas fragancias. Por ejemplo, si los aromas segundo y cuarto nos parecen idénticos, conectamos esas líneas. Como hay cincuenta

y dos combinaciones posibles, y *La historia de Genji* consta de cincuenta y cuatro capítulos, cada una de ellas se relaciona con un capítulo de esta obra, salvo el primero y el último. Estas cincuenta y dos combinaciones se representan en el *Genjikō-no-zu* ('diagrama de Genji-kō'), un esquema que hoy en día se reproduce en diseños para kimonos, papeles de regalo y muchos otros artículos.

Los participantes buscan en el *Genjikō-no-zu* el capítulo que corresponde a su respuesta y escriben el nombre. En algunos casos, también escriben el poema que protagoniza ese capítulo. En el caso del ejemplo anterior, la segunda y la cuarta línea conectadas corresponden al capítulo veintisiete, titulado «Kagaribi» (término que significa 'hoguera'). Este capítulo está basado en un poema que escribe Genji, y en el que describe su amor como el humo de una hoguera que nunca se extingue.

De esta manera, a través de la ceremonia del incienso, quienes participan en ella aprecian las maderas aromáticas y, al mismo tiempo, aprenden historia, literatura y poesía.

Como las maderas aromáticas son caras y difíciles de conseguir, el *kōdō* es la menos practicada de las artes tradicionales japonesas. Además, tiene cierta fama de ser difícil, ya que requiere conocimientos de literatura clásica y la capacidad de escribir poemas. No obstante, en Tokio asistí a clases de *kōdō* en centros de ambas escuelas, la Oie-ryū y la Shino-ryū, para saber exactamente en qué consiste este arte y qué diferencias hay entre ambas.

OIE-RYŪ

—Aquí podemos practicar el *kōdō* en la sala donde la mismísima maestra Kagetsu Yamamoto escuchaba los inciensos —dijo orgullosamente la profesora de la clase de Oie-ryū, Yoko Obata.

Me explicó que el edificio en el que nos encontrábamos había sido la residencia de una gran maestra que contribuyó al desarrollo del *kōdō* tras la Segunda Guerra Mundial. Kagetsu Yamamoto restauró el arte del incienso, que había decaído durante el periodo Meiji (1868-1912), cuando la civilización occidental llegó al país y se cambió completamente el sistema social, y como consecuencia de las sucesivas guerras. De hecho, la decadencia de la aristocrática escuela Oie-ryū que ella se dedicó a rescatar había empezado mucho antes. Cuando los samuráis empezaron a acumular poder, los aristócratas sufrieron estrecheces económicas y no se pudieron permitir seguir disfrutando de las costosas maderas fragantes. Así, la escuela Oie-ryū pendió de un hilo largo tiempo.

En clase estábamos unas diez personas, entre ellas un hombre, y la mayoría vestidas con el kimono tradicional. La ceremonia del incienso se celebró en una sala de estilo japonés con tatamis, las típicas esterillas gruesas de paja cubiertas con un tejido de juncos. En una caligrafía colgante se leía un proverbio chino: «Una piedra preciosa no tiene ni una pequeña mancha», que habla figuradamente de la perfección a la que todos debemos aspirar.

Aunque puede haberlas, en esta ocasión la sala no estaba adornada con flores. Según la profesora, conviene evitar las flo-

res más aromáticas, como las orquídeas, el ciruelo japonés y los crisantemos, porque pueden interferir a la hora de escuchar el incienso. De hecho, está estrictamente prohibido llevar perfume o ropa de cuero, y tampoco se pueden comer alimentos fuertes como ajo, jengibre, cebolla, cilantro y cítricos antes de la clase. También hay que quitarse los accesorios —relojes de pulsera, anillos o pendientes— para no dañar los quemadores de porcelana.

AROMA DE KYARA

Por su gran trabajo, la maestra Kagetsu Yamamoto ha inspirado la novela *Kyara-no-kaori* (*Aroma de Kyara*), publicada en 1981 por la escritora Tomiko Miyao (1926-2014). Narra la vida de esta mujer que se dedicó al renacimiento del *kōdō* de la escuela Oie-ryū superando muchas desgracias, como la muerte de su familia y la traición de las personas en las que confiaba. De hecho, no pocas personas me han dicho que han decidido aprender *kōdō* después de haber leído este libro.

Conocía las normas. Había estudiado algunos libros antes de asistir a la clase, así que tuve mucho cuidado en no emplear demasiado champú o crema corporal para no molestar a los demás participantes. Antes de entrar, todos nos lavamos las manos con agua sin jabón y nos enjuagamos la boca para purificarnos.



Quemador de incienso con un *kōboku* (madera aromática) en una placa de mica.

Aunque mi idea inicial era dedicarme a observar y tomar algunas fotografías, la profesora Obata, amablemente, me invitó a participar en la clase.

—Es mejor que participe usted para entender bien el *kōdō*. Hay cosas que, si no las practica, no comprenderá del todo. No se preocupe por los protocolos —me dijo la profesora—, simplemente disfrute de los aromas.

Se lo agradecí. Había querido participar desde el principio, pero no estaba segura de que fueran a permitírmelo. Entré en la sala siguiendo a los alumnos. Antes de empezar, la profesora explicó que la clase del día se dedicaría al *tōzakō*, un tipo de *ku-mikō*, en el que utilizaríamos la forma poética *tanka*, que consta

de 31 sílabas repartidas en cinco versos según el esquema 5-7-5-7-7. Además, ya que *tōza* significa ‘en un instante’, hay que componer el poema sobre la marcha.

Para comenzar, se comunica el tema del día. El nuestro fue *To-Shi-Tsu-Ki-Wo*, que literalmente significa ‘en los años y meses’ y se puede traducir como ‘el paso del tiempo’. Pero, en realidad, el significado no importa. Los caracteres sirven tan solo para representar el orden en el que nos referiremos a los aromas. Es decir, para indicar el primer incienso, diremos *To* en vez de decir *uno*; para el segundo, *Shi*; y así sucesivamente.

Por ejemplo, si escucho los cinco inciensos y pienso que salieron en el orden 5-1-3-4-2, debo contestar *Wo-To-Tsu-Ki-Shi* y componer un poema empezando con estas letras y las medidas del *tanka*:

<i>Wo...</i>	→	5 sílabas
<i>To...</i>	→	7 sílabas
<i>Tsu...</i>	→	5 sílabas
<i>Ki...</i>	→	7 sílabas
<i>Shi...</i>	→	7 sílabas

El *tōzakō* es doblemente difícil porque no solo tienes que identificar los aromas, sino además escribir un poema en muy poco tiempo. Como no tengo facilidad para la poesía, entré en pánico, pero la profesora me eximió de escribir el poema.

En la sala, del tamaño de ocho tatamis, había alfombras rectangulares rojas para sentarse. Me indicaron que me colocara frente a la profesora, y me senté derecha en la alfombra roja, so-

bre los talones. Esta forma de sentarse se llama *seiza*, y es muy formal. Aunque los tatamis son suaves comparados con las tarimas, sentarse en *seiza* acaba siendo muy duro porque hay que doblar las rodillas completamente, con lo que todo el cuerpo reposa sobre las piernas, que acaban quedándose entumecidas, especialmente ahora que la gente ya no está acostumbrada a esta postura, pues, aunque muchas casas tienen suelos de tarima, por la influencia de la cultura occidental se usan más las sillas. Como no soy una excepción, me preocupó cuánto tiempo podría aguantar en esa posición.

Enfrente de cada alumno había un papel *washi* —hecho con fibras de plantas y fabricado manualmente— de unos quince centímetros. Cada uno de nosotros debíamos escribir nuestro nombre en la cara exterior y las respuestas en la interior. Al lado del papel, había un conjunto de materiales para escribir con tinta china, un gotero de agua y un pincel fino.

La anfitriona, un papel en el que varios alumnos se van turnando, tenía frente a sí un papel dorado bordeado con ilustraciones recargadas, así como diversos utensilios que nunca había visto, como varillas para mover las brasas, una pluma como escobilla para limpiar las cenizas, palillos de ébano para coger la madera aromática, pinzas de metal para sujetar la placa de mica y una espátula en forma de abanico cerrado que se usa para apretar suavemente las cenizas y que formen un cono en la taza del quemador.

Como en el *sadō* —la ceremonia del té—, en el *kōdō* también hay ciertos protocolos para llevarlo a cabo y cada movimiento está establecido. Este tipo de ritual se denomina *te-*

mae, pero como normalmente se le añade el prefijo honorífico *o-*, suele hablarse del *o-temae*. Por cierto, el *kōdō* y el *sadō* frecuentemente se practican juntos. En la ceremonia del té, se introduce un *kōboku* o un *nerikō* en el horno que se utiliza para calentar el agua, y algunas veces incluso se juega al *kumikō*.

La anfitriona ejecutaba el *o-temae* utilizando el utensilio apropiado para cada movimiento. Lo hacía con tal precisión que parecía que se trataba de una intervención quirúrgica. El trabajo de la anfitriona consiste en preparar la ceniza, colocar un pedacito de *kōboku* encima de la placa de mica y pasar el quemador a los invitados. Lo más importante es conseguir la temperatura adecuada para que el aroma emane correctamente. Para calen-



Ritual de una clase de Oie-ryu.

tar la madera, se pone una bola de carbón en la ceniza. Si la enterramos demasiado, no calentará bien, y si la dejamos demasiado en la superficie, la madera arderá. Cada madera tiene una temperatura ideal a la que debe calentarse para que despidiera mejor su aroma.

Cuando todo estuvo preparado, la anfitriona empezó a pasar los quemadores para que el resto de los alumnos escuchase las fragancias y las recordara.

Me llegó el primer quemador. La persona de mi izquierda lo puso en el suelo entre ella y yo. Antes de cogerlo, tuve que hacer una reverencia a la persona de mi derecha. El gesto era una forma de demostrar respeto y decir sin palabras: «Con su permiso, voy a escucharlo antes que usted».

Los quemadores nunca se pasan directamente de mano a mano. Siempre se colocan en el suelo para evitar que se caigan. Si la madera o la placa de mica cayeran en la ceniza, el quemador tendría que volver al anfitrión para que este lo arreglara de nuevo. Los invitados no deben tocarlo.

Imitando a los demás, hice una reverencia a la persona que estaba a mi derecha y cogí el quemador con mi mano derecha. Estaba suavemente templado. Lo puse en la palma de mi mano izquierda y le di dos vueltas de noventa grados en dirección contraria a las agujas del reloj para poner la taza frente a mí. A continuación, poniendo los codos en punta, elevé el quemador hasta mi nariz. Me sentí muy solemne al hacer esos gestos. Sabía que estaba formando parte de una ceremonia ancestral que había pasado de generación en generación gracias al respeto y a la dedicación de todos nuestros antepasados.

El quemador, con forma de taza, estaba decorado con ostentosos dibujos en laca dorada. Por dentro, la ceniza estaba dispuesta formando una pequeña montaña. Me sorprendió mucho el tamaño de la madera aromática que vi por primera vez en mi vida. Encima de toda esa ceniza, un pequeñísimo pedazo de madera descansaba sobre la placa de mica. Aunque no era ni la mitad de la uña de mi meñique, el *kōdō* nos enseña que basta con un fragmento como «un pelo de la cola de un caballo o la pata de un mosquito». Ese pequeño trocito de madera despedía una fragancia sutil pero firme.

Tapé el quemador con la palma de mi mano derecha y escuché el aroma que salía del espacio entre mis dedos índice y pulgar. Inspiré profundamente, cerré los ojos para concentrarme, desvié la cara a la derecha y espiré. A cada invitado se le permite escuchar el quemador tres veces, así que repetí el mismo gesto dos veces más para intentar recordar bien el aroma. La sala estaba en completo silencio. Me concentré todo lo que pude y sentí que los sonidos del mundo exterior, el paso de los trenes, el tráfico y el ruido de las obras de construcción, se alejaban de mí gradualmente.

*La madera olía como el sol de invierno, dulce.
En mi mente vi una escena teñida del suave
color anaranjado del ocaso en un campo abierto
por el que corría la brisa.*

El segundo aroma se parecía mucho al primero. Pero, aunque era más débil, también me resultó más pesado, robusto.

Pensé inmediatamente en algo tan antiguo, sólido y tosco como la tierra. Pero no estaba convencida. Como el aroma era muy débil, quería despejar la mente para escucharlo bien, pero una vez visualicé la imagen de la tierra seca, ya no pude quitármela de la cabeza.

El tercero fue claramente distinto. Era refrescante y me recordó el incienso de los templos budistas. Olía como un templo bajo un cielo abierto y despejado.

El cuarto fue el que más me gustó. Tenía un aroma complejo, natural, una mezcla de flores y bosque, es decir, tenía una fragancia elegante y refrescante. Sentí, por primera vez, que quería estar dentro de un aroma.

Para cuando terminé de escuchar estas cuatro maderas, los pies me dolían y empecé a moverme un poco para encontrar una postura más cómoda. Como hasta ese momento había estado muy concentrada en escuchar los aromas, no me había dado cuenta. La persona que había sentada a mi izquierda se dio cuenta de mi incomodidad y me susurró —porque no está permitido hablar durante la ceremonia— que podía relajar mi postura si había terminado de escuchar los aromas de prueba. Agradecida, ajusté mis piernas hacia la derecha, quitándoles mi peso de encima. El resto de la clase mantuvo la postura.

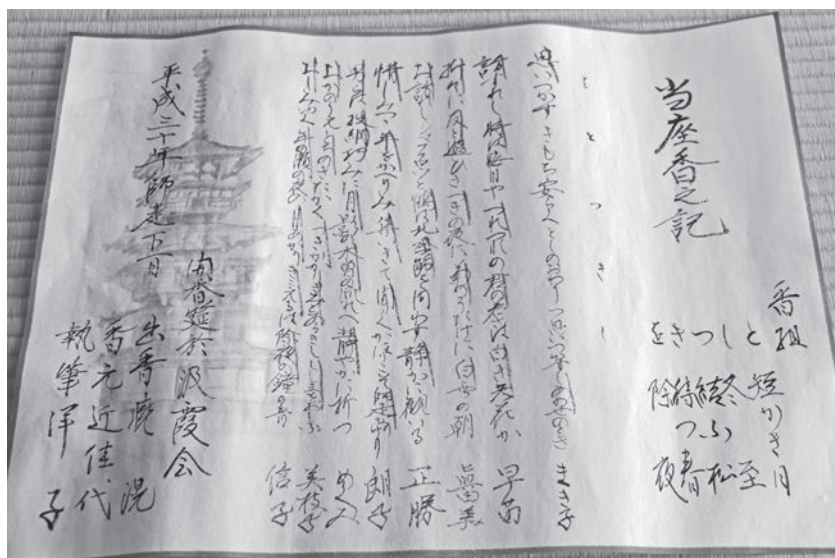
Mientras la anfitriona preparaba los quemadores para la versión definitiva, los invitados prepararon la tinta en las placas de piedra que tenían delante echando un poco de agua y frotando la barra de tinta china en ella. Escribieron sus nombres en el papel. A pesar de que llevo tres años asistiendo a clases de caligrafía, no pude escribir bien mi nombre con un pincel

tan diminuto. Mis caracteres parecían los de un niño pequeño. Tenía que agarrar el papel y escribir apoyándome en mi propia mano, mientras que en las clases siempre utilizábamos un escritorio. Me avergonzó no escribir bien mi propio nombre, mientras que los demás plasmaban en el papel bellas letras sin apenas esfuerzo.

Después hicimos la versión definitiva. La anfitriona nos pasó los quemadores en un orden diferente e incluyó uno que no habíamos escuchado la primera vez. Fue más difícil que en la prueba porque las fragancias eran más débiles. Escribí los caracteres en el orden que creía correcto a la par que los restantes invitados escribían sus poemas. Cuando terminé, doblé el papel y lo puse sobre una bandeja que pasamos entre todos.



Clase de Oie-ryu.



Este era el papel con las respuestas de todos.

Cuando se juntaron los papeles de todos, la escribiente —otro papel en el que se turnan los alumnos— copió las respuestas en un papel más grande y, al final, anunció cuántos habíamos acertado cada uno. Yo acerté solamente dos. Confieso ahora que, antes de participar en la clase, confiaba en acertar más aromas porque creo que mi olfato es bastante bueno. Pero fue mucho más difícil de lo que me imaginaba.

La ganadora fue Sanae, un ama de casa de unos sesenta años que ha practicado el *kōdō* durante más de veinte. Acude a clase desde otra prefectura y tarda cinco horas en ir y volver.

Todos los alumnos la felicitaron y la profesora le entregó su premio: el papel en el que estaban escritas todas las respuestas

y los poemas de los participantes, un bello documento con una filigrana que representaba una pagoda.

Para terminar la ceremonia, la anfitriona declaró solemnemente:

—Se ha llenado la fragancia.

Con esta frase queda clausurada la ceremonia en la escuela Oie-ryū, y significa que el aroma ha llenado no solo la sala, sino también el corazón de todos los presentes. Tras esta declaración, la anfitriona y la escribiente salieron de la sala seguidas del resto de los asistentes.

Sentía la mente fresca y despejada, como si acabara de terminar de hacer ejercicio, solo que mi cuerpo no estaba cansado. Pensé que tal vez esto se debía a que mediante la concentración había conseguido beneficios parecidos a los de la meditación. Al fin y al cabo, en ambos casos logramos cierta serenidad y tranquilidad después.

La experiencia entera me pareció un sueño por las fragancias, el ambiente, los utensilios, la calma del ritual y el silencio reinante.

Todo fue tan sereno y elegante que me olvidé de que seguía en el centro de Tokio. Y sin embargo, a pesar de la calma que me envolvía, era perfectamente consciente de que el *kōdō* es un arte complejo que requiere amplios y profundos conocimientos culturales, sobre todo de literatura clásica. De hecho, la

ganadora del día, Sanae, me contó que también estaba apuntada a clases de caligrafía, poesía y ceremonia del té.

—Todavía soy una principiante —me dijo Sanae—. El *kōdō* es un arte sintético y difícil, pero tengo suerte de poder escuchar tantas variedades de inciensos. Si solo se tratara de diferenciar aromas, cualquier perro lo haría mejor que yo porque tienen un olfato mucho más desarrollado que el mío; pero lo interesante del *kōdō* es que podemos expresar escenas de la literatura clásica con la ayuda de los inciensos. Aun así —reconoció con modestia—, me motiva mucho acertar y ganar de vez en cuando.

La profesora Obata me explicó que el *kōdō* es una expresión de algo invisible y sensual.

—No se puede practicar la ceremonia del incienso con perfumes porque son demasiado fuertes y no se puede diferenciar con facilidad las partes que los componen —explicó la profesora.

Le confesé a la profesora que practicar el *kōdō* me había cohibido un poco porque carecía de los conocimientos culturales necesarios, pero que aun así la experiencia había sido inolvidable y muy agradable. La profesora sonrió y me explicó que ese día jugaron al *tōzakō* porque era la última clase del año y querían hacer algo especial. Normalmente hacían actividades mucho más sencillas. De hecho, daba clases a niños de primaria y, con ellos, utilizan nombres de peces o pájaros para distinguir los aromas; y con los extranjeros recurren a las obras de Shakespeare. De esta forma, la ceremonia del incienso puede adaptarse a aquellos que quieran practicarla.